



Capítulo 145 - Runeas Gremory

La declaración de Amón resonó en el aire como un rugido antiguo, con una autoridad imposible de ignorar.

El círculo demoníaco en su mano pulsó con un brillo carmesí, y la atmósfera misma pareció temblar bajo el peso de sus palabras.

Por un momento reinó el silencio supremo.

Entonces... su voz se extendió por todo el reino demoníaco como una sinfonía, entregando la noticia no solo a los nobles en el salón sino a cada demonio enloquecido desesperado por una respuesta de por qué un hombre como ese tenía tanta influencia.

Primero, en el gran salón de banquetes de la familia Gremory, los nobles reunidos parecían paralizados, con la conmoción grabada en sus rostros. Algunos demonios abrieron la boca como si fueran a hablar, pero no emitieron ningún sonido.

Otros parpadeaban repetidamente, como si intentaran despertar de un sueño absurdo.

Sin embargo, las reacciones más singulares vinieron de las tres esposas de Virgilio.

Ada, la más pragmática y serena del trío, se puso de pie lentamente, con los brazos cruzados y una ceja arqueada. «Perdón, debo haber oído mal». Miró a su alrededor como buscando confirmación.





"¿Acaba de decir Vergil Lucifer... Rey Demonio? ¿El Rey Demonio? Él... Él debe estar bromeando." Su tono estaba teñido de incredulidad.

Katharina, la directa y directa, soltó una carcajada breve e incrédula. "¡No, no, no! Esto tiene que ser una broma cósmica. ¿Ese idiota de Vergil, un Rey Demonio?"

Empezó a caminar de un lado a otro. "Bueno, considerando todo... No, ni hablar. Maldita sea, ahora somos el centro de atención de todo el mundo demoníaco. Aunque... ser una Reina Demonio suena bastante bien... ¡NO! ¡Un rotundo NO!", exclamó, haciendo una pequeña exhibición teatral.

Roxanne, la gentil y de espíritu libre, simplemente suspiró y se cubrió la cara con una mano. "¿Es en serio? Esto no puede ser serio", murmuró entre dientes. "Esperaba algo impresionante, algo monumental... Pero claro, lo hace. Ese hombre no tiene sentido de los límites".



Mientras las tres esposas debatían entre ellas, el resto de nobles y demonios en el salón reaccionaron de diversas maneras.

Los ancianos, especialmente aquellos de linajes poderosos, intercambiaron miradas tensas, su preocupación evidente. El nombre Lucifer tenía un peso ancestral, y la idea de un nuevo Rey Demonio con ese nombre era casi una afrenta a la tradición. Murmullos de desaprobación e incredulidad resonaron entre la multitud.

"¿Esto es una broma?"

"¿Cómo alguien así ascendió tan rápido?"

"Esto es peligroso. Muy peligroso."

Mientras tanto, los demonios más jóvenes y ambiciosos mostraban expresiones de puro asombro y, en algunos casos, emoción.

Vieron algo diferente: una oportunidad para algo nuevo. Virgilio no encajaba en el molde de los demás reyes; era una figura impredecible.

Caótico, sí, pero innegablemente fuerte.

Y, sobre todo, no pertenecía a ninguna de las antiguas dinastías.

"Vergil Lucifer... suena muy bien, ¿no?"

"Si lo logró, tal vez merezca el título..."

Este tipo ha matado a miles él solo. Quizás realmente tenga lo que se necesita.

Al partir Vergil con sus tres queridas Reinas Demonio, encontró el salón sumido en el caos. Bueno...

En cuanto al propio Virgilio, se quedó quieto, observando cómo se desarrollaba la escena con una mezcla de cansancio e indiferencia, como si toda la conmoción fuera algo que había previsto por completo.

Vergil suspiró, visiblemente cansado, y murmuró en voz baja: "Idiotas..." mientras los ecos del nombre Vergil Lucifer resonaban por todo el Inframundo.





Entonces, con un tono completamente despreocupado y una sonrisa traviesa, gritó:

"Hola, mis adorables esposas."

Toda la sala se congeló. Las conversaciones cesaron, se contuvo la respiración, e incluso los demonios más poderosos parecieron petrificarse por un instante. Todas las miradas de la sala estaban fijas en él, incluidas las de Katharina, Ada y Roxanne.

Por una fracción de segundo, el silencio fue absoluto.

Hasta-

"¡¡¡CARIÑO!!!"

Una mancha carmesí cruzó el pasillo como una flecha de fuego, seguida de dos rayos negros y dorados que parecían decididos a aplastar todo a su paso. Los demonios más lentos tuvieron que apartarse de un salto, las bandejas fueron derribadas y un pobre diablo casi salió despedido por la ventana.

De repente, allí estaban —Katharina, Ada y Roxanne—, tan cerca de Vergil que este tuvo que inclinarse ligeramente. Las tres tenían expresiones absurdamente curiosas, como niños esperando con ansias sus regalos de cumpleaños.

"¿Es cierto? ¿Lo es?", preguntó Katharina, con los ojos brillantes como dos estrellas, mientras sus manos apretaban sus brazos con una fuerza innecesaria.





—¡Dilo ya, Vergil, estoy nerviosa! —gruñó Ada, mientras el aura negra que la rodeaba ondulaba peligrosamente como una tormenta a punto de estallar.

—¡Cariño, no es momento para sorpresas así! —exclamó Roxanne, con su dulce sonrisa ocultando el chasquido de sus dedos, como si estuviera a punto de invocar algo que no fuera nada delicado.

Vergil miró de uno a otro, entrecerrando los ojos, consciente de que cualquier movimiento en falso podría costarle la vida.

—Tranquilos, tranquilos —dijo, levantando las manos en señal de rendición, completamente acorralado entre los tres—. Me van a dejar sordo. Sí, es cierto, confirmado. Felicidades, son las esposas del Quinto Rey Demonio.

La sala estalló en murmullos, pero las tres reinas estaban concentradas en algo mucho más importante.

Los ojos de Katharina se abrieron aún más, como si acabara de decirle que había ganado un palacio dorado. "¿REY?! ¿Rey Demonio?!"

Ada dio un paso atrás, con las manos en las caderas, mirándolo como una madre a punto de regañar a su hijo. "Espera, espera, espera. ¿Desde cuándo decides convertirte en Rey Demonio y no decirnos nada?"

Roxanne se acercó más, con una sonrisa peligrosamente aguda en el rostro. "¿Significa esto que tenemos un territorio? ¿Un ejército? ¿Una mansión... con una bañera dorada?"

Vergil se rascó la nuca, arrepintiéndose claramente de haber abierto la boca. "Mira... todavía estoy asimilando todo esto, ¿vale? Nadie mencionó bañeras ni mansiones..."





Katharina, Ada y Roxanne intercambiaron miradas conspirativas durante medio segundo, luego se giraron para mirarlo al mismo tiempo.

"¡Felicidades, esposo!" dijeron todos al unísono con dulces expresiones en sus rostros, haciendo que Vergil casi cayera hacia atrás de pura ternura.

—¡Vale, vale! ¡Basta ya! —dijo Vergil, observando las miradas de los demás demonios.

—¡Oigan, locas! Si quieren poner esas caras, ¡háganlo cuando estemos solas! ¡No compartan esas miradas adorables con los demonios cercanos! —rugió para sus adentros, usando energía demoníaca para comunicarse con ellas a través del contrato Amo-Sirviente, que hacía tiempo que era inútil.

"¡Está bien!" dijeron alegremente, con una mirada posesiva hacia su marido clara.



Vergil estaba distraído, observando el caos que se desataba a su alrededor, cuando una voz femenina e indignada resonó por la habitación. "¡Esto es injusto!"

El sonido de pasos firmes, acompañados de tacones altos, atrajo su atención. Vergil se giró, pero a pesar de la abrumadora presencia, no vio a nadie. Confundido, miró a su alrededor...

"¡Aquí abajo, idiota gigante!" Vergil bajó la mirada lentamente y finalmente notó la pequeña figura que lo observaba. La mujer medía 1,60 metros, mientras que Vergil, con sus 2,20 metros, la superaba con creces. Ladeó la cabeza, preguntándose claramente cómo había pasado desapercibido a alguien tan... ruidoso.



—Ah, ahí estás —dijo con naturalidad, como si acabara de notar su presencia—. Déjame adivinar... por tu aura dramática y molesta... una Gremory, ¿verdad?

Antes de que pudiera responder, otra voz intervino: "Mi hija".

Vergil miró a Cabernet Gremory, quien sonreía con orgullo desde la distancia. Volvió la mirada hacia la mujer que tenía delante.

—Ah, ya te recuerdo, del duelo con Phenex... Runeas Gremory, ¿verdad? —Vergil se cruzó de brazos y evaluó a la joven de pies a cabeza, con un tono de sarcasmo casi natural—. La "legendaria" intocable. O, como prefiero llamarla... "la aburrida".

La sala estaba en completo shock. Murmullos de incredulidad resonaban en cada rincón. Runeas, conocida como una auténtica arma de destrucción masiva, era venerada y temida por su capacidad de corrosión total, capaz de reducir a polvo cualquier ser u objeto con solo tocarla. Además, poseía la legendaria Joya del Emperador Dragón Rojo, un poder destructivo sin igual.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo te atreves?! —gritó Runeas, señalando a Vergil con el dedo, con el rostro enrojecido por la ira—. ¡Soy el ser más poderoso que existe! ¡Deberías arrodillarte y pedir perdón por esas tonterías!

Cabernet, desde lejos... "¿Por qué actúa tan diferente? ¿Sigue siendo mi hija, la que no le interesa la vida? O... Ah... ya veo...", murmuró Cabernet con una sonrisa.

Vergil miró a Runeas con una expresión completamente aburrida.





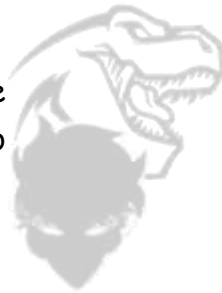
"¿Poderoso? ¿Tú? Tu 'poder' es simplemente destruir todo lo que tocas. Eso no es una habilidad, es un inconveniente biológico. ¿Y aún tienes que depender del poder prestado de una joya?", cuestionó.

Runeas perdió la paciencia y volvió a señalarlo con el dedo, lista para atacarlo verbalmente. Pero antes de que pudiera decir nada más, Vergil la agarró del brazo y la levantó del suelo con una mano, como si fuera una muñeca de trapo.

Toda la sala se congeló, el aire se llenó de tensión. Todos esperaban que Vergil se redujera a polvo en ese preciso instante. Al fin y al cabo, nadie podía tocar Runeas sin ser corroído hasta desaparecer.

Sin embargo... no pasó nada.

Runeas, ahora suspendida en el aire, parpadeó repetidamente, completamente confundida. Vergil simplemente levantó una ceja, sujetándole el brazo como si fuera lo más normal del mundo.



"Hmmm... interesante. Sin corrosión. Supongo que soy inmune a 'poderes molestos' como el tuyo, lo siento. Acabas de avergonzarte...", dijo Vergil, mirando a su alrededor, con todas las miradas puestas en ella.

Bueno... no se suponía que fuera para ella... Era para él...

—¡Suéltame, idiota! ¡Es imposible! —gritó, presa del pánico. Runeas forcejeó para liberarse, pero Vergil la sujetó con firmeza.

Virgilio se encogió de hombros.

"No me parece imposible. Quizás simplemente soy mejor que tú."



La sala se sumió en un silencio sepulcral, con los nobles intercambiando miradas de incredulidad. Runeas, a quien nunca antes habían tocado, ahora flotaba en el aire como un niño mimado.

—Vergil, bájala antes de que empiece a llorar. Tenemos que irnos —dijo Zafiro, intentando contener la risa.

Vergil, sin embargo, miró a Runeas con una sonrisa provocativa. Runeas resopló, con el rostro rojo de rabia y humillación.

Vergil finalmente dejó a la niña en el suelo y dio dos pasos hacia atrás, limpiándose las manos de manera exagerada.

—Listo. Ahora puedes hacer un berrinche cuanto quieras —dijo, pasando junto a ella... entonces, Vergil susurró algo que solo ella pudo oír.

"Deja de fingir, eres demasiado hermosa para estar haciendo rabietas infantiles solo para poner a prueba a alguien... Espero que no sea la influencia de ese pequeño dragón sellado dentro de ti..." Dijo, alejándose con sus esposas, Raphaeline, Sapphire y Stella.

"Te dio una buena paliza." La voz en la joya rió. "Pero al final encontramos a alguien interesante, ¿verdad?", preguntó, pero Runeas no respondió.

